La intrépida vocación marina del ULISES DANTESCO

Leopoldo Chiappo Galli

El poema de Ulises nos ofrece la ilustración de lo que entendemos, en sentido sico-espiritual, por apertura de la vida. Estos poéticos relatos, por su belleza sublime y admirable estilo, trascienden lo que, modestamente y según el uso de su época, Dante llamó 'comedia', a los estilos de contenidos dramáticos y final feliz. Con Homero estamos, en el género épico y trágico. En un elevado grado de nivel poético: es decir, en el nivel sublime de la palabra y en el que se mueven los héroes de alto destino. También, en el sentido del argumento cuyo desenlace es infeliz. Sin duda el canto de Ulises es, con grandeza y altura, el canto de la epopeya sublime en el mar. Estamos con un personaje heroico. Un príncipe de la aventura. Un protagonista de la inteligencia exploratoria del mundo; es así como sentimos a Ulises.

Ulises dantesco y Odiseo homérico

Dante-personaje quiere saber solamente de Ulises y de su destino final. En cambio, Dante-poeta quiere inventar una alternativa heroica al destino homérico de Odiseo y crear el gran poema épico y trágico del Ulises dantesco. Es el poema del héroe del conocimiento. Es el poema del mártir de la inteligencia del mundo. La Odisea homérica es el poema del retorno. Sí, es el retorno a la patria: Itaca, Penélope, el hijo, el padre, eran la meta de Odiseo, el Ulises griego. Meta retardada por tanta aventura y tanta curiosidad exploratoria. Pero esa meta era la final, de apaciguamiento y de reposo, de seguridad. En el viaje del Odiseo homérico hay una línea centrípeta, de límite, de vuelta al origen.

Pero el poema dantiano no es el poema del *retorno*, sino de la *partida*. El poema homérico es curvilíneo, clauso. La partida es esencialmente centrífuga, de apertura, sin retorno. En la ida, lo que hay es un alejamiento: el destino del Ulises. El regreso es acercamiento, vuelta al hogar, el destino homérico extraordinariamente transformado por la imaginación creadora de Dante.

El relato del viaje de Ulises

"Cuando dejé a Circe que me retuvo más de un año en Gaeta, ni la dulzura del hijo, ni la piedad por el viejo padre, ni el debido amor que debía hacer feliz a mi esposa Penélope pudieron vencer dentro de mi el ardor que yo tuve para devenir experto del mundo, experto de los vicios humanos y experto de la grandeza y del valor del hombre".

Y aquí empieza el contraste con el poema homérico, comienza la original invención dantiana. Odiseo regresa al hogar, donde lo espera Penélope, su esposa, y el reencuentro con los suyos, su hijo Telémaco, su padre Laertes. Son los personajes del recinto doméstico, las ligazones centrípetas y dentro del horizonte cotidiano, el 'círculo de vida' ('lebenkreis', inmediato, casero). Es la vuelta a la tranquilidad y a la paz, luego de tanta aventura y de tantos peligros. Ulises, en cambio, deja a Circe la maga de la sensualidad y del peligroso encantamiento que embrutece animalizando a los hombres, desimpulsando al héroe, aletargándolo en dulces deleites; pero aquí tampoco puesto que, ni la dulzura del hijo, la piedad por el viejo padre, el debido amor conyugal que habría hecho feliz a Penélope, pudieron vencer dentro de su corazón el ardor por ampliar su experiencia del mundo. Más todavía, la voluntad de llegar a ser experto en mundo, el hambre de conocimiento, el apetito de saber sobre los hombres, sus vicios y sus excelencias, sus cobardías y su grandeza.

"Pero me lancé por el ancho mar abierto solamente con un barco y con aquella compañía pequeña que

no me abandonó. Un litoral y otro vi hasta llegar a España, llegué a Marruecos y pasé la isla de Cerdeña y las otras islas que el mar en torno baña, las islas Baleares".

Realmente, con el poema se nos abrió una escena de apertura, de vastedad ilimitada. Esta vez, ya no es sólo la imagen del campo nocturno alumbrado por fuegos innumerables, también es el mar. El mismo que abre ante nuestros ojos interiores el azul del mar Mediterráneo, con sus islas y costas; un litoral, el europeo. Y el otro litoral, el africano. Cerdeña y las islas Baleares, hasta llegar a la costa española. Ulises no estaba solo, lo acompañaba un pequeño grupo, una tripulación de viejos marineros. Sigue el texto:

"Yo y mis compañeros de la tripulación éramos viejos y lentos cuando llegamos a aquel estrecho donde Hércules puso su advertencia de no pasar más allá. Por la mano derecha dejé Sevilla, de la otra mano ya había dejado Ceuta".

Y viene la gran apertura del horizonte: es la del gran mar océano. Hay que cruzar el estrecho e ir más allá del lugar donde Hércules puso su advertencia para que el hombre no cruce más allá, lanzándose al océano desconocido. Es el momento crucial; ya dejaron del lado europeo Sevilla, y del lado africano Ceuta. Están entrando al estrecho, frente a las columnas de Hércules. Y es necesario avivar el alma de los compañeros, ya viejos y lentos:

"Oh hermanos –le dije a la tripulación– que por cien mil peligros hemos llegado al Occidente no quieran negarle a esta tan pequeña vigilia de los sentidos que en el mundo nos queda, negar la experiencia de seguir al sol poniente, la experiencia del mundo deshabitado, sin gente. Consideren vuestra simiente, no han sido hechos para vivir como brutos, sino hombres para lograr la potencia y el conocimiento".

Sí, es el encendimiento del alma con el fuego de la palabra; semilla de la acción. Ulises habla a hombres largamente experimentados por la aventura marina. Hombres ya viejos y lentos. Apelando a dos fuertes incentivos de acción: El primero, en particular, a la memoria cargada de experiencia, por los riesgos y peligros que vivieron estos marinos; y el móvil del compañerismo que se junta con la tentación de una nueva prueba muy especial y audaz.

Y hablamos de la última oportunidad para estos marinos, que deben aprovechar el poco tiempo que les queda por vivir, para ensanchar la escasa vigilia de los sentidos con la nueva y nunca antes alcanzada experiencia de lo desconocido, siguiendo la ruta del sol poniente a mares jamás navegados y a tierras nunca antes habitadas por el hombre.

Ésta es la tentación de lo desconocido, para agotar la última vigilia de la conciencia sensorial antes del apagamiento. Sí, experimentar y gozar de la postrimera lucidez de la mente, antes del adormecimiento final que cierra el esplendoroso escenario del mundo.

El segundo incentivo es de orden general: la condición misma constitutiva del hombre. Su dignidad. Su 'areté', dirían los griegos; 'virtu' los latinos. Y Ulises les dijo a sus compañeros (Dante también, magistralmente, a nosotros sus lectores) que no nacimos para vivir como brutos. Ulises apela a la radical nobleza propia del animal humano, la que lo distingue y humaniza: la *virtud* (la fuerza intrínseca y original que emerge del propio ser, la energía de vivir con grandeza) y el *conocimiento* (el aguijón de saber, la curiosidad exploratoria del mundo, el saber como perfección espiritual del alma). Y los enlaza: la virtud del conocimiento. La autodeterminación por la que el noble animal humano construye y realiza su propio proyecto de vida liberado de las determinaciones externas y superando los obstáculos de la realidad adversa (*virtute*). Y el conocimiento por el cual el hombre quiere ser un espejo viviente de la variedad inagotable del mundo y en cierto modo unirse a la perspectiva divina, ennobleciéndose sobre todos los vivientes (*conoscenza*). Es que el hombre tiene simiente de grandeza. El hombre nació para ejercitar, desarrollar y gozar de la fuerza de la vida en su ser: el coraje y el saber. La virtud de conocer. Es la dignidad del hombre la que está en juego, que exige consecuencia total porque es lo que distancia al hombre de las bestias: la virtud y el conocimiento. Es la dignidad y la virtud del marino. Es decir, la estimativa enérgica hacia los valores superiores y la voluntad de conocer. Es la fuerza exploratoria del animal sano en su hábitat clauso elevada a voluntad de abarcar el mundo con la inteligencia cognoscitiva, rompiendo los límites. Es la apertura transliminal. Y también la virtud, la capacidad de vencer la limitación vital defensiva, el miedo, propio del bruto. Ulises apela a lo constitutivo de la condición de hombre: virtud y conocimiento. Es el lanzarse a la posesión intelectiva de la realidad y así hacer que todo el mundo se constituya en morada del hombre. El mundo, hogar del marino.

Las palabras de Ulises no fueron vanas. El discurso no cayó en vacío. Fueron palabras cargadas de potencial activo porque fueron recibidas inmediatamente por mentes receptivas.

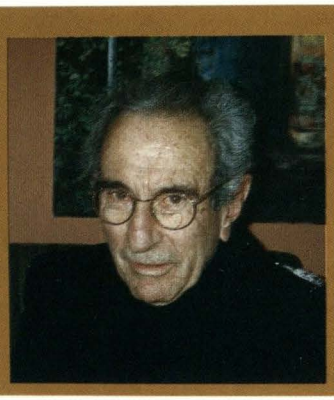
Es en la correspondencia que las palabras son, entonces, fecundas semillas de elevación activa. La mente sutil se despierta con la palabra aguda. En vez de la mente roma, trunca y sin filo, que duerme en la

modorra insensible. La mente aguda penetra en la realidad y así taladra el espacio por recorrer y entra fuertemente en el advenir del tiempo. El hombre puede planear el futuro idealmente, 'ideacionalmente' (Kurt Goldstein). Y la empresa del hombre se vuelve vuelo. Sí, el vuelo es el ritmo y estilo de la grandeza. Y lo es por la elevación del nivel de la empresa y por la celeridad de su movimiento, medida de lo vivo. Y, entonces, se abre el nuevo mundo: "Todas las estrellas ya del otro polo (el polo sur) se mostraban en la noche y del lado norte tan bajas que no surgían de la superficie del mar. Cinco veces tuvimos plenilunio y cinco veces luna nueva desde que habíamos dejado el peligroso estrecho cuando se nos apareció a lo lejos una montaña oscura y me pareció tan alta como jamás había visto semejante, nosotros nos alegramos de ver tierra pero esta alegría pronto se volvió llanto pues desde la nueva tierra entrevista en el horizonte surgió un torbellino tempestuoso que con su embate golpeó la proa y luego hizo girar el barco tres veces con la fuerza de las aguas y a la cuarta hizo levantar la popa en alto y la proa irse hacia abajo, como a alguien complaciera, hasta que el mar se cerró sobre nosotros".

Sí, se ha abierto el nuevo mundo. Nuevas y nunca vistas estrellas llenaban casi todo el cielo. Sorprendente panorama para marinos, extraño en verdad, sobrecogedor, ajeno a su experiencia marinera. Y el cielo de estrellas, acostumbrado, en lontananza, bajo, casi sin salir, subiendo apenas, sobre el suelo marino. Se está abriendo el cielo del hemisferio sur y se está cerrando el cielo del hemisferio norte. Un techo de estrellas nuevo y apenas un residuo fragmentario del antiguo. Ahora ya es el nuevo techo, el techo del hogar del marino en las noches, el techo del mundo. Y es que quien ha abandonado esposa, hijo y padre, quien ha dejado el hogar doméstico para explorar nuevos lugares incógnitos y peligrosos, en cambio, ha descubierto el mundo como morada del hombre. Es la apertura uliseica. La apertura sico-espiritual simbólica.

El viaje, desde el cruce del estrecho, duró cinco meses lunares. Llegados al quinto novilunio, en la oscuridad del mar ya no iluminado por la luna, en el horizonte hacia el sureste los marinos divisan, a través de la distancia, contra la claridad de la mañana que empieza, una altísima montaña, oscura porque está a contraluz. La dicha de los marinos duró poco. Pues emergió de la nueva tierra recién descubierta una tormenta tempestuosa, atroz, que levantó las aguas, golpeó el barco y lo hizo girar tres veces en torbellino, como una vorágine voraz, y a la cuarta lo levantó de popa y así la proa hacia abajo se sumergió y con ella todo el barco hasta que el mar se cerró sobre el naufragio. Sí, la soledad infinita del mar.

Lo esencial, más allá de toda discusión, es que en el relato del último viaje de Ulises, creación dantiana original, se da la apertura de horizonte, el ánimo exploratorio del mundo, la vocación humana intrínseca y espontánea de ensanchamiento de la experiencia, el impulso de aventura en la riesgosa navegación por mares lejanos, la ruptura de los horizontes habituales y de los límites. Es lo que llamaríamos movimiento transliminal. Es la intrépida vocación del marino. ⚓



Prof. Dr. Leopoldo Chiappo Galli *(Chosica, 1924)*
Doctor en Filosofía por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y por la Universidad Central de Madrid. Es Licenciado en Sicología por la Universidad Peruana Cayetano Heredia, Postgrado por la Universidad de Texas (USA) sobre Tests and Guidance, pruebas mentales y orientación sicológica.
Es profesor emérito, investigador extraordinario, catedrático titular, fundador de la cátedra 'Dante Alighieri' de la UPCH. Miembro del Comité Consultivo del Colegio Peruano de Neuropsicofarmacología. Es Premio Nacional de Fomento de la Cultura en la Investigación Científica 'Daniel A. Carrión'. Por sus estudios dantológicos fue condecorado como 'Cavagliere Ufficiale' de la Orden al Mérito de la República Italiana (2002). Posee las Palmas Magisteriales en el grado sumo de 'Amauta' (2003).
En los últimos veintisiete años se ha dedicado a los estudios dantológicos. Acaba de publicar 'Psicología del Amor' (2002-03) y actualmente, trabaja la obra, en tres volúmenes, intitulada 'La existencia humana' (Estudio sobre la Comedia de Dante).